

FORMACIÓN MONÁSTICA E INCULTURACION⁵⁰

Cuando un hombre viene al monasterio para hacerse monje, san Benito supone que ese hombre busca a Dios. El maestro de novicios debe ganarlo para Dios. Desde ese momento deberá adiestrarse en las filas de los hermanos a fin de poder militar bajo la bandera de Cristo, el único rey.

Por tanto se supone que es un hombre ya evangelizado. Ha sentido el anuncio de Cristo y ha optado por El. Aunque probablemente es también consciente de que ahora empieza un trabajo de conocimiento más personal y exigente. En este trabajo estará apoyado por la comunidad a través de la vida diaria, y también a través de monjes concretos que se encargarán de ir formándolo para que transforme en vida su conocimiento de Cristo y de Dios.

Tendrá que ir abandonando los criterios propios, la propia voluntad, los malos hábitos adquiridos, las costumbres mundanas a las que se fue modelando en su vida anterior.

A través de la obediencia y la humildad tendrá que realizar una especie de vaciamiento interior total, que lo abra a una gran disponibilidad y apertura hacia los “mayores” que lo han precedido en la vida monástica. En los grados de humildad del cap. 7 de la Regla, san Benito llega incluso a ver esto como un camino que partiendo de una actitud interior de fe, culmina en manifestaciones exteriores que parecieran ser una radical manera nueva de actuar, de valorar y de valorarse a sí mismo, casi plenamente calcada en una forma que la comunidad le imprime.

Y SIN EMBARGO:

Los que hemos tenido ocasión de convivir en San Anselmo o en otros lugares con monjes de las distintas congregaciones benedictinas no podemos negar la experiencia de que un monje inglés es bastante distinto de uno alemán, y éste de un francés, que lo es a su vez de un español.

Y no estoy hablando de “malos” monjes. Me refiero por supuesto a los “buenos”, a los que no sólo lo son, sino que además están muy convencidos de serlo. Y que se sentirían seriamente agredidos si se los quisiera convencer de que por ser distintos, no son auténticamente monjes.

Dejando de lado la tentación siempre presente y real de juzgar de la autenticidad de los otros, partiendo de la fidelidad a lo nuestro, los monjes latinoamericanos hemos tenido la experiencia muy fuerte de la convivencia en un mismo país de formas monásticas fuertemente marcadas por la realidad cultural de donde provenía la comunidad fundadora. Nuestra Patria –Argentina– podría ser una buena prueba de ello. Enténdaseme bien: no critico un hecho. Simplemente constato que la realidad cultural de hecho marca fuertemente hasta la misma manera de vivir una idéntica regla monástica. Y ello está muy lejos de ser algo negativo. Por su constancia y por los frutos de santidad y de vida que ello ha producido, podemos estar seguros que el hecho nace de una raíz sana y buena.

El mismo san Benito, romano del siglo V, tiene escalas de valores culturales distintas del irlandés Columbano, del egipcio Pacomio o del capadocio Basilio, sin que por ello deje de haber una profunda veneración y aprecio por ellos.

⁵⁰ Leído por el P. Max Alexander, OSB.

CONCEPTO DE CULTURA

Creo que es importante dejar bien aclarado lo que se entiende por cultura, cuando en esta reunión latinoamericana de monjes hablamos del tema. No en todas partes ni en todos los tiempos ha tenido el mismo alcance, y ni siquiera el mismo contenido.

Incluso en los mismos documentos de la Iglesia se puede notar el uso ambivalente del término. Un ejemplo lo tenemos en dos documentos muy cercanos. En el discurso de Juan Pablo II a los universitarios católicos de Méjico el 31 de enero de 1979, el Papa toma el término más bien en el sentido de conocimiento integral, es decir algo que atañe al desarrollo completo de la persona humana: inteligencia, voluntad, conciencia, etc. Casi estaríamos tentados de equiparar este término a lo que en América Latina se llamó “civilización”, por contraposición a la barbarie.

Puebla en cambio en sus números 385 en adelante, y particularmente en el 386 afirma: “Con la palabra “CULTURA” se indica el modo particular como en un pueblo los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios...”. Es el “estilo de vida común que caracteriza a los diversos pueblos. Por ello se puede hablar de pluralidad de culturas”. Y en el número siguiente afirma: “La cultura así entendida abarca la totalidad de la vida de un pueblo: el conjunto de los valores que lo animan y desvalores que lo debilitan y que al ser participados en común por sus miembros, los reúne en base a una misma conciencia colectiva. La cultura comprende asimismo las formas a través de las cuales aquellos valores o desvalores se expresan y configuran, es decir, las costumbres, la lengua, las instituciones y la estructura de convivencia social, cuando no son impedidas o reprimidas por la intervención de otras culturas dominantes”. Aquí termina la cita de Puebla.

Casi podríamos decir que existen dos maneras diferentes de entender lo que es cultura. En un caso podría significar algo así como: Forma superior de vida civilizada, “cultura”, refinada, instruida, universalista e iluminada. Algo que siendo de pocos, debería tratar de ser expandida al mayor número posible. Sobre todo a los pueblos subdesarrollados. En el otro caso cultura significa idiosincrasia propia de un pueblo, estructura mental y visión del mundo, de los demás y de Dios. El pueblo la acepta como propia y heredada de los que fueron sus antepasados.

Es curioso ver cómo este segundo sentido es el que prima en todos aquellos documentos que son fruto del aporte de miembros de culturas diferentes: ya sea en el Concilio Vaticano II, como en los documentos pontificios que organizan el material de los sínodos. Puede verse así:

- Constitución *Gaudium et Spes* N° 53 a 62.
- Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* N° 20.
- Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae* N° 53.

En Argentina por ejemplo la visión iluminista que consideraba cultura sólo el estilo de vida civilizado europeo, llegó a ser una sangrienta represión de la cultura popular, campesina y criolla del interior del país. Sarmiento, que es considerado el padre de la educación, escribió un libro llamado “Facundo o Civilización y barbarie”. En este libro clásico de nuestras letras argentinas, barbarie es lo mismo que hoy llamaríamos cultura criolla, popular. Creo que esta realidad es algo más o menos generalizada en muchos países de América Latina, donde ciertas líneas iluministas han utilizado todos los medios posibles para transculturar a sus pueblos acercándolos lo más posible a la cultura europea.

A este fenómeno no escaparon muchas congregaciones religiosas, que en su esfuerzo por civilizar y educar, impusieron a las vocaciones nativas lisa y llanamente eso que Puebla llama

represión por la intervención de otra cultura dominante. Ello llevó a que costara muchísimo el arraigo de esas comunidades; casi todas sufrieron una fuerte crisis cuando tuvieron que entregar las riendas a la primera generación local.

INCULTURACIÓN: ¿DE QUIEN?

El tema de esta ponencia es muy concreto. Y urticante. Se trata de la formación monástica y de la inculturación. El tema es tan abierto que puede significar tres cosas totalmente diferentes:

a) Existencia de una cultura monástica universal y ya dada a la que habría que hacer acceder a todos los que deseen vivir la vida monástica. Por lo tanto se parecería mucho al concepto que en América Latina se tuvo de “civilización”. Se daba por descontado la existencia de una forma civilizada de vivir, y se buscaba *velle aut nolle* que los pueblos existentes o resultantes accedieran a ese tipo de vida y a los beneficios que de ella derivaban.

b) Otro sentido sería el que la comunidad que viene a implantar la vida monástica, debiera despojarse de su realidad cultural propia a fin de asumir totalmente los valores y desvalores culturales del pueblo al que llega, a fin de hacer posible una fácil inserción de los nativos en sus filas. Esto, que podría ser heroico, parece impracticable y probablemente no daría resultados válidos.

c) El tercer sentido supone que los monjes fundadores buscan en primer lugar traer el aporte específico de su vida monástica seriamente vivida, tratando de respetar la cultura propia del lugar y adaptando a ella la forma de vida la vayan impregnando desde adentro de los valores monásticos sin transculturar a los formados. Es un trabajo paciente, que exige mucha lucidez y humildad por parte de fundadores y de nativos. De los primeros, para darse cuenta de que no siempre justiprecian las costumbres locales, ya que están condicionados por su manera propia de vivir. Y de parte de los segundos para aceptar que los valores fundamentales de la vida monástica no son fruto espontáneo de su buena voluntad o de su imaginación, sino realidades ya vividas por generaciones anteriores que las han ido decantando y haciéndolas doctrina de vida. Creo que en nuestro caso el tema es interpretado de acuerdo a esta tercera visión. Formación monástica e inculturación significa:

- Proceso mediante el cual los valores de la vida monástica van impregnando una cultura concreta, revitalizando sus valores y corrigiendo sus desvalores. Proceso que en nuestro momento histórico latinoamericano significa para muchas comunidades la colaboración de dos generaciones monásticas: una de ellas extranjera y la otra nativa.

Sin la leal y fraterna colaboración de ambas generaciones es imposible encontrar el camino medio que respete la fidelidad a los valores monásticos por un lado, y el no avasallamiento de la cultura local por otra dominante por el otro. Y en este proceso la labor es especialmente delicada para la comunidad madre, de la que ha provenido el grupo fundador. Tendrá que jugar un papel moderador, aportando ayuda en cierto tipo de formación, decidiendo el fin de ciertas etapas y dejando un cierto margen para la imaginativa de los protagonistas.

A modo de anécdota quiero traer a colación lo que hace poco nos comentaba el presidente de una congregación benedictina europea. Hoy día algunos obispos prefieren que las fundaciones en sus diócesis no se hagan mediante comunidades, sino mediante un formador cualificado que adiestre y organice la vida de las vocaciones locales ya previamente reunidas por el obispo o por decisión propia. Y por otro lado el mismo presidente de la Congregación nos decía que un viejo abad fundador aseguraba que toda fundación debe ser independizada lo antes posible de su comunidad madre.

Son criterios discutibles. Pero muestran que el problema es real y que se le busca solución.

CULTURA LATINOAMERICANA

Es frecuente sentir, aun entre nosotros, que América Latina no existe como realidad con identidad propia. Hace poco esto mismo fue afirmado por una Primer Ministra europea. Y su opinión es fruto de una manera de vernos desde afuera, y que influye incluso adentro.

Los obispos reunidos en Puebla no comparten esta opinión. Toda la primera parte del Documento está dedicada a ello. Pero de una manera particular nos interesan los ns. 408 a 419. Reconociendo las grandes diferencias entre las distintas naciones y entre las regiones dentro de un mismo país, ciertamente América Latina tiene características que la convierten en un continente bien definido.

Sobre un sustrato indígena, se realiza en los siglos XVI al XVIII un encontronazo de razas del que surge el mestizaje. En él intervienen en proporciones distintas lo amerindio, lo africano y lo europeo iberolusitano. El pueblo que surge de este encuentro, a veces doloroso, de las tres razas, recibió una profunda impronta a través de la evangelización católica. Lengua y religión fueron factores de unidad decisivos, junto al centralismo creado por las metrópolis. El movimiento independentista de principios del siglo XIX abre las puertas al aluvión europeo que genera un nuevo encuentro de pueblos, particularmente en el Cono Sur. Pero sobre todo aparece una mentalidad iluminista que apoya y promueve una civilización urbano-industrial, y favorece el predominio de ciertas clases dirigentes que sueñan con el modelo europeo como meta transculturadora.

Con todo la cultura básica permanece fuertemente anclada de un modo vivo y articulador de la existencia, particularmente en los sectores pobres. Cultura fuertemente basada en el corazón y la intuición, mucho más que en la eficiencia o en la mentalidad físico-matemática. Se manifiesta en las actitudes propias de la religión de nuestro pueblo, penetradas de un hondo sentido de trascendencia, a la vez que de la cercanía de Dios. Se traduce en una sabiduría popular con rasgos contemplativos; y tiene su propia concepción del trabajo y la fiesta, de la solidaridad y la amistad, y también del parentesco. La piedad popular y particularmente la presencia de María, es un lugar teológico y un foco evangelizador de gran fuerza religiosa y cultural.

Se trata por tanto de una cultura profundamente evangelizada, pero a menudo pobremente catequizada, y aún más pobremente ayudada por estructuras eclesiales. La escasez de clero, las distancias, y la transculturación de muchos agentes de pastoral, hacen que gran parte de nuestro pueblo no tenga la oportunidad de crecer en la práctica de una fe, que con todo, siente profundamente como parte de su existencia. Puebla ve en la religiosidad popular y en el surgimiento de las comunidades de base dos grandes desafíos que la Iglesia debe utilizar en estos momentos.

Por otro lado América Latina colocada entre el Oriente y el Occidente, no escapa al momento actual que busca una síntesis cultural, y sufre gravísimas presiones en este sentido. La intensificación de las migraciones, los medios de comunicación social, el predominio de las dos ideologías acaparadoras del Colectivismo marxista y de la Doctrina de la Seguridad Nacional, exigen tomar en cuenta que nos encontramos ante un nuevo proceso de creación cultural que es necesario evangelizar desde su nacimiento.

Por ello tenemos que evitar el quedarnos en un folklorismo romántico, añorador del pasado, lugar común de fiestas escolares, y sólo vital en algunos pequeños enclaves semi-aislados. Estamos frente a un continente que genera una nueva modalidad cultural desde sus raíces históricas y étnicas a la vez que asimila y asume el aporte avasallador de otras culturas predominantes.

Dentro de esta situación se le presenta al monaquismo un hermoso desafío, similar al que los monjes europeos vivieron en tiempos de Benito. El desafío de estar presentes como levadura evangélica en nuestro continente joven que busca su identidad de pueblo adulto. El aporte monástico para ser levadura deberá previamente asumir la cultura latinoamericana, y ser asumido por ella. Sólo se redime lo que se asume. Esta frase de san Ireneo está varias veces presente en Puebla y en el corazón de los que aman nuestra realidad.

PROBLEMA DE CORAZÓN

No se puede pretender captar sólo con la mente la realidad de una cultura. Es un problema del corazón. Puebla afirma en el n° 397: "... La Iglesia ha de conocer la cultura latinoamericana. Pero parte ante todo, de una profunda actitud de amor a los pueblos. De esta suerte, no sólo por vía científica, sino también por la connatural capacidad de comprensión afectiva que da el amor, podrá conocer y discernir las modalidades propias de nuestra cultura, sus crisis y desafíos históricos y solidarizarse, en consecuencia, con ella en el seno de su historia".

Esto me parece que puede ser muy fecundo como base de trabajo. Una cultura sólo se asume plenamente con el corazón. No basta conocer a un pueblo y sus modalidades. Hay que comprenderlo. Y esto es parte de un proceso que supera ampliamente el conocimiento. Integra el compartir afectos y desafectos.

Si una comunidad monástica viene a nuestro continente con una prioridad de servicio, el problema puede hacerse particularmente costoso. Porque estará tentada de supervalorar su aporte específico y de despreocuparse de una previa asimilación afectiva de los valores locales. Y se tendrá también la tentación de preparar a los monjes locales en primer lugar para que puedan continuar con el servicio asumido. Ello puede llevarlos a que inconsideradamente decidan que toda su formación se realice en la casa madre o en universidades extranjeras, pensando prioritariamente en su capacitación científico-técnica, más que en la asimilación de valores monásticos dentro de su propia modalidad cultural.

Pienso que la inserción monástica desde una cultura hacia otra es más un problema de siembra que de trasplante. No se trata de traer una planta ya estructurada (trasplante), porque puede ser que el clima, la tierra, y las estaciones, no permitan a esa planta arraigarse continuando sus propios ciclos ya iniciados. Quizá haya que traer una semilla, pobre de estructuras pero rica de vida, que puesta en el surco de una tierra nueva, acepta morir para liberar su vida exponiéndola a un ambiente nuevo y a una tierra también fecunda, pero con una historia diferente. Así es como crecen y se desarrollan las nuevas variedades de una misma especie, generalmente mejor adaptadas y con mejor posibilidad de futuro crecimiento y multiplicación.

Por lo demás, es éste el proceso que el monaquismo oriental realiza al llegar a Occidente, y dentro de Occidente, al ingresar en nuevas tierras o en nuevas épocas. Benito siente una gran estima por todo lo que Casiano cuenta de los monjes egipcios u orientales, pero eso no le impide ser un hombre profundamente occidental y romano. Por ejemplo en detalles como el vestido, la comida, el uso del vino, y la distribución de la oración, acepta que hay que hacer una adaptación a la realidad en la que vive o en la que sus monjes podrán vivir. Este mismo trabajo de hecho lo realiza luego cada Congregación cuando se trata de verter en unas Constituciones propias, el mismo y genuino espíritu de nuestra única Regla.

A este propósito quisiera copiarles el trozo de un artículo que se publicó en abril de 1948 en la Revista Suiza *Maria Einsiedeln*. Su autor fue el decano de dicho monasterio, designado como prior del grupo que en esos días partiría para Argentina a fin de fundar nuestro monasterio de Los Toldos. Necesito decir que este hombre era un monje profundamente europeo, doctor en lenguas clásicas, y apasionado amante de la tradición monástica sin agregados. Precisamente escribe este artículo bajo el título: "LO QUE NOS MUEVE", como programa de los ideales que

espera realizar allá del otro lado de los mares. Les cito simplemente algunos renglones de su escrito que para mi comunidad es casi el acta fundatoria:

“... Llevaremos con nosotros nuestras buenas tradiciones y santas costumbres... nos formaremos según el espíritu de nuestros difuntos y trataremos de imitar sus ejemplos”.

Y más abajo añade:

“Fundar un Nuevo-Einsiedeln es, por tanto, nuestra meta. Pero esto, entendedlo bien: No fabricaremos ni una isla de retraídos, ni una colonia de extranjeros. Queremos amoldarnos al medio ambiente, y es nuestro firme propósito encarnarnos en la Argentina y en su cultura asumiendo su idioma. Esto es lo que se corresponde cabalmente con la tradición de nuestra Orden, y, será sin duda, nuestra tarea más difícil: saber conservar la herencia que traemos de Einsiedeln y lograr una generosa y sensata adaptación a la realidad del lugar. Únicamente así nuestra fundación tiene posibilidades de sobrevivir. Es precisamente en vistas a ésta nuestra meta, que el abad me ha concedido (por compañeros) a monjes jóvenes y de espíritu receptivo”.

Al principio del artículo programático decía:

“Construiremos con la ayuda de Dios un monasterio según la Regla de san Benito... éste es nuestro único anhelo, para cuya realización gastaremos toda nuestra energía y nuestro amor. Pienso que el camino hacia Dios y hasta el cielo no será más largo desde la Argentina que desde Einsiedeln. Buscaremos a Dios en esas tierras lejanas y allí lo hemos de encontrar”.

Once años después yo mismo, siendo novicio, lo vi partir hacia el cielo, luego de haber gastado sus fuerzas en esta causa. Fue el primero enterrado en suelo argentino. Su siembra fue fecunda. Y al dar este testimonio sobre el querido monje Eugenio Pfiffner, quisiera incluir a tantos otros hermanos monjes que en las distintas comunidades dispersas por América Latina han dado su vida y sus fuerzas para que el ideal de san Benito se enraizara aquí. Quizá no se hicieron demasiados cuestionamientos sobre inculturación o transculturación, pero lo dejaron todo y encontraron a Dios.

Siguiendo sus huellas también nosotros queremos hacer el mismo camino, responsables de la vida monástica en su unidad con todos los otros pueblos.

*Abadía de Santa María
Los Toldos (B. A.) – Argentina*

